

MASS-MEDIA Y POLÍTICA INTERNACIONAL EN TIEMPO DE GUERRA

IGNACIO RAMONET

Quisiera analizar la situación actual de las comunicaciones de masas y, más particularmente, la información televisada después de la mayor crisis que haya conocido la institución —la información televisada como institución, los telediarios— después de ese año de ruptura que fue 1989.

Esta situación ha dado lugar a una inmensa reflexión. Se puede decir que, hoy día, la reflexión sobre los *media*, la reflexión sobre la información televisada, ha avanzado bastante a partir de lo ocurrido en ese año 89.

¿Por qué el año 1989? esencialmente, en el año 89 ocurren tres acontecimientos que constituyen tres modificaciones de lo que es la información televisada, desde el punto de vista del contenido mismo del acontecimiento. Esos tres acontecimientos son la Primavera de Pekín, la apertura del muro de Berlín, en noviembre, y la caída del régimen de Ceausescu, en diciembre.

Esos tres acontecimientos muestran ante todo, y sin que se haya tomado conciencia de ello, dos cosas. Primero, que la televisión como sistema de comunicación técnico es más rápido que cualquier otro. Esta primera constatación es de orden tecnológico. La televisión es capaz de transmitir una información en el marco del diario televisado, da una información con una inmensa rapidez y además con una inmensa autonomía.

El hecho de transmitir una imagen desde el otro lado del mundo se conocía desde final de los años cincuenta, cuando se lanzaron los primeros satélites de comunicación. Lo nuevo es que a partir de ahora, a partir del final de los años ochenta, se puede mandar esta información con un sistema totalmente autónomo desde el punto de vista de la energía. Mediante lo que se llaman los *teléfonos celulares*,

o mediante un equipo pequeño que se llama *Fly Away*, —una simple maletita que pesa menos de cien kilos—, un equipo reducidísimo de una o dos personas puede transmitir una información desde cualquier lugar sin necesidad de tener electricidad a su lado. Y más rápido que los sistemas que se utilizan habitualmente, o tan rápido como puede ser el teléfono o el fax. Así, la televisión alcanza una agilidad semejante a la que pueden procurar la técnicas de telecomunicación más rápidas.

Esto permite, en primer lugar, transmitir sin censura. Es decir, transmitir mediante la utilización de relevos de satélites que se deben alquilar y comprar de antemano, pero sin necesidad de consultar ningún tipo de autoridad porque se puede enviar una información desde lo alto de una terraza de un hotel o desde el balcón de un hotel sin que nadie —a menos que la autoridad no permita que se encuentre usted en ese hotel— lo impida. Se puede transmitir sin que, además, la autoridad controle lo que se emite, en cierta medida.

Esta rapidez tecnológica va a permitir también un segundo elemento. Cuando se produce un acontecimiento que sorprende por la intensidad, la comunicación entre la estación receptora —la cadena— y su corresponsal puede prolongarse. Se estima que el corresponsal tiene suficiente materia como para interesar a un público numeroso y, por consiguiente, se produce una ruptura del ritmo regular de los programas de televisión. El telediario en vez de durar treinta minutos va a durar más, porque se considera que lo importante es lo que se está transmitiendo. Y esto que se transmite es tan palpitante de emoción, de actualidad, de intensidad, que tiene mayor interés desde el punto de vista del espectáculo, de la diversión, simplemente del interés que suscita en los telespectadores que cualquier tipo de emisión habitual, un programa de juegos, un programa de canciones o un programa hasta de ficción.

Tenemos entonces una comunicación relativamente autónoma, que hace que los periodistas emitan diciendo realmente lo que ven o lo que saben, lo que creen saber. Existe la idea de que se está tocando el lugar mismo donde se produce el acontecimiento, que se está asistiendo al acontecimiento y, por otra parte, esto suscita tal emoción, tal interés, que se rompe el desarrollo normal no sólo del diario televisado sino ya de la propia jornada de televisión. En particular, en ocasión de los acontecimientos de Rumanía, se pudieron ver días enteros de televisión prácticamente consagrados a los acontecimientos. En los primeros días de diciembre del 89.

Y el tercer elemento que se modifica —el primero es de orden tecnológico, el segundo será esta ruptura de la escancia regular de

los programas— es que mediante este choque que produce la información televisada, la televisión en el marco de los *media* se impone jerárquicamente como el primer *media*. Y tradicionalmente, si se compara los medios de comunicación unos con otros, se partía del principio que la información noble, la que tenía influencia sobre los demás medios de comunicación era la prensa escrita. Y tradicionalmente —evidentemente hablo de Francia, que es lo que mejor conozco—, en Francia se admitía que el diario televisado de la noche se hacía a partir de los diarios del día. Y esencialmente a partir del diario de la tarde, a partir de *Le Monde*. La información, según el grado de importancia que le confería la prensa escrita, se encontraba en la televisión. El diario televisado era, globalmente, una síntesis de la prensa escrita del día.

Con ocasión de los acontecimientos de Pekín, Berlín y Rumanía, hemos asistido a una modificación de la jerarquía. La jerarquía actualmente está dominada por el diario televisado, o la información televisada. El impacto que produce la información televisada es tal que la prensa del día siguiente va a reproducir, a prolongar, a efectuar una especie de eco de lo que ha dicho el diario televisado.

El caso más espectacular de este cambio es lo que ocurrió con Timisoara. En Timisoara, la televisión presentó un cementerio donde se nos decía que se habían hallado en una fosa común miles de cuerpos de víctimas de torturas por los esbirros de Ceausescu. Y cuando esto se produjo, la prensa escrita del día siguiente, confirmó la noticia. En la primera plana de los periódicos del día siguiente aparecía esta información.¹

Cuando los periodistas que se hallaban en Timisoara sospecharon que lo que se les estaba presentando no era exactamente lo que se decía que era, tomaron contacto con su redacción. Esto es lo que ha contado el redactor jefe de *Libération*, Dominique Pouchin. Dominique Pouchin el día en que ocurrió ese acontecimiento tenía al teléfono a su corresponsal en Timisoara, y el corresponsal le dijo que eso era probablemente falso, o que algo no estaba claro en ese

1. En España el acontecimiento de Rumanía, y en particular lo de Timisoara, no se siguió de la misma manera que en Francia, porque, además, esto coincidió con la agresión norteamericana a Panamá. Y por consiguiente en España se le dio bastante importancia, y fue el único país de Europa donde los acontecimientos de Panamá tuvieron un mínimo de presentación. Pero en el resto de Europa lo de Panamá pasó prácticamente desapercibido y efectivamente ocultado un poco por esta situación de Rumanía.

hallazgo de fosa común de muertos torturados, y que esa noticia había que tomarla con mucha precaución, y que, en todo caso, él no había visto eso. Entonces, Pouchin, en su conversación con el corresponsal, le decía «pero, ¿cómo puedes ser insensible a eso que yo he visto? Yo he visto a los muertos de Timisoara. Los he visto cosidos, los he visto víctimas de esas torturas» Y entonces Dominique Pouchin cogió el texto de su corresponsal y lo reescribió contando lo que un corresponsal de la prensa, en su lugar, habría visto. Y era el título general en primera plana, la descripción detallada de los cadáveres, de las torturas, etc. Y Pouchin decía «evidentemente, si yo lo había visto en la televisión es como si yo hubiese estado allí. Si mi corresponsal no lo había visto era culpable de no haberlo visto. Pero, evidentemente, para el público en general el impacto de la televisión era tan fuerte que nosotros no podíamos salir al día siguiente sin hablar de ese acontecimiento.»²

La lección que nosotros sacamos es un poco la que sacaba Dominique Pouchin. Dominique Pouchin decía, para disculparse a él mismo: «Yo recordaba que yo había sido corresponsal en Beirut. Y yo estaba de corresponsal en Beirut el día en que entraron las tropas israelíes en Beirut. Y cuando se produjeron las matanzas de Sabra y Xatila» (cometidas por comandos de los grupos cristianos extremistas en estos campos palestinos).

«Yo estaba ahí, y residía no lejos, además, de Sabra y Xatila. Y no me enteré de nada. No lo ví. Y no pude decírselo al periódico. Luego, mi razonamiento era el siguiente: yo he visto por la televisión a los muertos. Mi corresponsal no los ha visto. ¿Quién tiene razón? Como yo me he encontrado en la situación de mi corresponsal, yo puedo estar en un lugar y no estar en el acontecimiento. Por consiguiente, yo creo en la televisión». Y lo que dice Pouchin, con gran ingenuidad periodística, es, naturalmente, lo que dice el público. El público dice: «Si lo veo en televisión es cierto. Lo que ven mis ojos es la verdad».

Entonces, ahí, según podemos deducir, se produce esta ruptura de la que hablábamos antes. Ya se produce en Berlín de otra manera,

2. Después se demostró que esos muertos no tenían, desgraciadamente, nada que ver con los asuntos políticos. Primero, que no había tres mil, si no que había doce o trece y, segundo, que habían muerto en accidentes. Muchos de ellos eran desconocidos y, por consiguiente, habían pasado por el instituto médico legal y se les había hecho una autopsia. No tenían nada que ver con asuntos políticos.

Esto no quiere decir que en Timisoara no hubiese habido represión, evidentemente, y muertos, porque los había habido. Pero en todo caso, esos muertos que vimos no eran esas víctimas. El problema está ahí.

pero lo de Timisoara es algo que indica que a partir de entonces la prensa escrita se instituye como eco de las imágenes vistas la víspera en televisión y no como moderador, ponderador, de lo que ha hecho la televisión.

En segundo lugar, se admite, en definitiva, que una información que se dirige a la emoción y no tanto a la razón o la inteligencia es la que procura un verdadero impacto, es la que tiene un verdadero sentido para el público, es la que más apasiona al público. Porque lo de Timisoara no sólo produce una especie de terrible sensación de dramatismo en el país que ve esas imágenes, sino que además produce un gigantesco fenómeno de solidaridad. La mayoría de las alcaldías de Europa, en particular de Francia, se vieron asaltadas por gente que daba comida y ropa para que se les diese a los ciudadanos rumanos víctimas de esa sangrienta dictadura.

Para la televisión, lo de Rumanía se transforma en lo que podíamos llamar una especie de *teletón*. Es la información-teletón. El teletón es esa especie de maratón televisivo —se hacía ya en tiempos de la radio— cuando se decide que se va a consagrar una velada, de las ocho de la tarde a las dos de la madrugada, a cosechar fondos para las víctimas de alguna enfermedad. Entonces, la emisión consiste en que se van recibiendo llamadas telefónicas, y particulares, sociedades y empresas ofrecen sus aportaciones. Es una maratón de captura de fondos mediante la muestra permanente de víctimas de esa enfermedad que emociona a la gente y nadie se resiste a dar algo.

Entonces, la información, en particular en el caso de Rumanía, se transformó en una información-teletón. Se mostraban las situaciones dramáticas de Rumanía y se incitaba a la gente a participar. Y como además estábamos en vísperas de Navidades —ocurió el 23 de diciembre, en que cada cual pensaba en su hogar, en su familia; con sentimientos mas bien de generosidad—, el movimiento fue muy importante. Y la decepción fue mayor cuando se supo que todo eso era una mentira y que los telespectadores habían sido un poquito engañados. Y esto dio lugar a una enorme reflexión en el mundo de la prensa televisiva y en el mundo de la comunicación y de los estudiosos de la comunicación.

El caso de Rumanía se mantiene como un caso de escuela. Y aún hoy en día no se sabe muy bien cómo se produjo, en qué hemos avanzado. Pero la idea que se deduce de esta situación es, primero, que cuanto más emoción tenga la información más eficaz es. Y en ese módulo la televisión no tiene rival. Y en segundo lugar, que conviene

también que la información se estructure como una ficción. Y cuanto mejor esté estructurada como una ficción más eficaz es también.

Esta segunda idea la podríamos deducir de Berlín. En Berlín, la mayoría de las cámaras de televisión se instalaron en los pasos de los muros, sobretodo en las puertas que podían existir y desde donde se veía llegar a la población de la Alemania del Este. Y la mayoría de los presentadores de televisión del mundo se desplazaron a Berlín. Globalmente, ¿qué decían estos presentadores? Decían, mirando a las cámaras y dirigiéndose a los telespectadores: «Miren, ustedes están viendo la historia en marcha».

Ésta es una idea grande, y nueva. Es la idea de que la televisión puede mostrar la historia en marcha y que, en definitiva, la vocación de la televisión es ésta. Pero, ¿qué es la historia en marcha? Significa que la historia en marcha tendría que ser algo visible cuando, evidentemente, a veces la historia avanza sin que se vea demasiado, se ven las consecuencias del avance histórico, pero la historia avanza y no siempre se puede ver. Y la idea también es que la televisión no tiene vocación de explicar un acontecimiento, ni de analizar un acontecimiento, sino de mostrarlo. La televisión nos promete asistir al acontecimiento. Y no nos explica el acontecimiento, que es un poco la vocación de la prensa escrita.

Entonces, entre los acontecimientos de Berlín y los acontecimientos de Rumanía, teníamos configurado un tipo de televisión que creía que en realidad a partir de ahora todo lo pudiera producirse en el mundo se seguiría de manera muy eficaz. Primero, porque, tecnológicamente, se podía hacer. Segundo, porque en cierta medida se había hallado una filosofía: mostrar el acontecimiento cuando se produce, tener los medios de estar ahí cuando se produce el acontecimiento. Y, esencialmente, esta filosofía tenía un aspecto ideológico: mostrando se hace avanzar la democracia. Cuando se puede mostrar todo, la democracia avanza. En los países donde no se puede mostrar todo, no hay democracia. Ésta es la ideología que preside en los días que siguen a los acontecimientos de Rumanía.

Y es la filosofía que existe y que concierne a todo lo que se ha hecho a lo largo del año 89 en los países del Este. A medida que caían los regímenes socialistas o comunistas de los países del Este y también en la Unión Soviética, las cámaras iban enseñando cosas que antes no se veían. Por ejemplo, se enseñaban los *gulag*, el interior de los *gulag*. Se enseñaba el interior de las cárceles. Se enseñaba, en Rumanía por ejemplo, el interior de los orfanatos. Es

decir, que se enseñaban lugares donde normalmente las cámaras no habían entrado. La idea detrás de esto era: «ahora que la dictadura no existe las cámaras pueden entrar por todas partes y revelar la verdad». Y esta verdad a veces era espeluznante.

Pero mientras se hacía eso se olvidaba un principio: en nuestros países democráticos las cámaras no entran en todos los lugares. En nuestros países democráticos la circulación de las cámaras está reglamentada por la ley. Y en nuestros países democráticos las cámaras no entran en los orfanatos, ni entran en los hospitales, ni entran en las cárceles, ni entran, evidentemente, en la sede de las policías secretas, como se vio en películas sobre el interior del KGB. Evidentemente, pueden entrar si hay autorización, pero no entran sin autorización. Y normalmente son lugares vedados y no transparentes.

La idea que apareció en aquel momento es que al entrar en esos lugares, y por el simple hecho de entrar, la democracia había avanzado. Era un prueba de democracia. Y, por otra parte, surgió la idea de que, en definitiva, los países del Este eran un poco un territorio salvaje donde las cámaras tenían por misión, como misión civilizadora, entrar y demostrarlo todo. Y en definitiva se consiguió.

¿Y qué ocurre cuando todo este sistema está listo? Cuando todo este aparato a la vez tecnológico, ideológico, práctico y profesional está en marcha se produce la Guerra del Golfo.

Antes de la guerra se produce la crisis del Golfo, puesto que la guerra empieza el 15 de enero, prácticamente, o el 17, y la crisis empieza el 2 de agosto.

Y cuando se produce la crisis del Golfo, todo el sistema informacional, y en particular el sistema informacional televisivo, nos promete presentarnos una guerra en directo. Este era el proyecto, demostrarnos un poco como esa imagen extraordinaria de la caída en directo de Ceaucescu, cuando Ceaucescu está haciendo su discurso y, en pleno discurso multitudinario, la gente se le subleva. Esta es la imagen emblemática de lo que quiere hacer la televisión: captar en directo un acontecimiento que, además, es aleatorio.

Entonces la Guerra del Golfo es menos aleatoria en la medida en que globalmente se sabe en qué lugar se va a desarrollar. Y cuando se produce esto todos los *media* acuden al Golfo, cada cual con mayor equipo. Se desplazan centenares, miles de periodistas. Con las cámaras más sofisticadas, los equipos más sofisticados y la capacidad de transmisión más efectiva.

Y entonces, en ese momento, el sistema informacional descubre que en nuestros sistemas democráticos todo no se filma y, en particular, que las guerras no se filman. ¿Desde cuándo no se filman? Esto ya ha estado estudiado: prácticamente desde la Guerra del Vietnam. El modelo de no filmar la guerra lo han establecido los británicos en el momento de las Malvinas. Lo llevan a la práctica con una gran eficacia. Y el resultado de ese modelo es que cuando los norteamericanos invaden Granada utilizan el modelo británico. Y Granada es la primera guerra de la historia militar moderna en la que los norteamericanos no aplican el principio de la enmienda de la Constitución que les obliga a permitir que los informadores informen a los ciudadanos. Y después de ésta, prácticamente, ninguna guerra llevada a cabo por países occidentales ha sido filmada con transparencia.

Ni Francia en el Chad, ni Israel en la invasión del Líbano en el 82, ni, evidentemente, Estados Unidos no sólo en Granada, sino tampoco en Panamá, permiten el libre acceso de los informadores a una zona de combate. Y la lección se sacó de Vietnam en la medida en que se supone que en Vietnam, la manera en que la televisión habló de la guerra contribuyó a transformar el estado de ánimo de la opinión pública y a hacerle detestar la política gubernamental.

Lo que algunos historiadores de los *media* sabíamos, el sistema informacional parecía ignorarlo: las guerras no se filman. Muchos se enteraron al llegar al Golfo.

En el Golfo el no filmar la guerra se sofisticó bastante. Porque el problema era: ¿Cómo hacer creer que sí se filma y en realidad no dejarla filmar? Este era el proyecto. En el momento en que acabamos de filmar la revolución rumana en directo, hemos visto la historia en marcha en Berlín, hemos penetrado en lo más profundo de lo más oscuro de los regímenes autoritarios del Este, ¿cómo se nos va a impedir filmar una guerra justa que además están llevando a cabo las democracias del mundo? Esto era, evidentemente, una paradoja. Y, por consiguiente, había que dar la impresión de que sí se podía filmar.

Con ocasión de la Guerra del Golfo, se combinaron dos sistemas de censura. El primer sistema de censura es un sistema bien conocido: el sistema de retención o impedimento. No se permite el acceso a las fuentes de información. Esencialmente, es lo que se aplicó en Arabia Saudí, que está lejos de ser una dictadura dinástica. Por consiguiente, los periodistas se enteraban al llegar a Arabia Saudí de que no podían circular siquiera, no podían filmar en la calle libre-

mente, que estaban todos acompañados por una especie de vigilantes que les impedían tomar información.³

Éste es el primer sistema relativamente conocido. ¿Cómo se censura? Se censura impidiendo que se tomen las imágenes.

Lo más sofisticado de la Guerra del Golfo es la censura inversa, la censura por saturación, o la censura por inundación. Esto es lo nuevo de la Guerra del Golfo. Se aplica a escala planetaria y dirigida hacia la mejor presa y la más activa, lo que prácticamente es la norma hoy en sistema de comunicación.

Nuestra sociedad de comunicación no funciona bajo el principio de la información sino que funciona bajo el principio de la comunicación. Es decir, bajo el principio de la no intercomunicación. Hoy en día, todas las instituciones se han dotado de lo que llamamos *servicios de prensa*, ya sean instituciones de tipo económico —una gran empresa, una gran compañía, una gran industria— o bien instituciones de tipo político. No existe un ministerio que no tenga un agregado de prensa. Y no sólo las instituciones de tipo político sino también las instituciones culturales, los actos culturales mismos, festivales, congresos, etc.

Así, el informador cuando va a buscar información no va a lo real, sino que va a aquella taquilla habilitada a procurarle información. Y esa taquilla se la procura, la información. Si vamos a hacer una encuesta sobre SEAT, en Barcelona, o sobre Renault, en Francia, no vamos a visitar la fábrica para saber cómo se trabaja, cómo funciona. Vamos al servicio de prensa de Renault, que nos da inmediatamente decenas de textos para que nos informemos sobre lo que es Renault.

En la Guerra del Golfo, lo que se puso en práctica fue ese mismo principio. Se saturó al informador de información. Y al saturarlo, el informador no sabe distinguir lo que es cierto de lo que no, o lo que es más importante.

El primer problema que tuvieron los kuwaitíes —más que los norteamericanos— fue hacer que la intervención militar americana apareciese como simpática a los ojos de una opinión pública global-

3. En ese momento se crea el sistema de los *pools*, que es la organización de periodistas, habilitados solamente algunos de ellos para recibir información o a desplazarse al frente, acompañados siempre de militares, y para poder captar imágenes directas de alguno de los lugares del frente.

mente aislacionista —en Estados Unidos— y que, por otra parte, no es favorable a intervenciones o aventuras militares. Y una aventura militar en el Golfo podía no recoger la simpatía del público.

Por otra parte, se trataba de defender a un emirato, a un estado petrolero riquísimo y no dirigido en democracia sino por un grupo de magnates del petróleo, gente que en general no suscita ni la piedad ni la compasión, ni siquiera la solidaridad.

Para ello los kuwaitíes se dirigieron a una agencia de prensa. Hoy conocemos bien ese sistema que ha creado para este tipo de casos Mike Deaver. Mike Deaver fue durante los años Reagan el jefe de la comunicación de Reagan. El fue el que organizaba los desplazamientos de Reagan y su comunicación. Y todo el mundo está de acuerdo en decir que Reagan fue un gran comunicador. Posteriormente, Deaver ha creado una agencia de prensa o agencia de información en Nueva York especializada en ayudar a los estados cuando necesitan hacer campañas de comunicación. Y su idea era lanzar algo para que se sintiera simpatía por Kuwait.

La primera idea de Deaver fue la de lanzar una idea falsa sobre la resistencia Kuwaití, hacer creer que en Kuwait había gente que resistía, grupos organizados de gente. Evidentemente, es posible que hubiera algunos resistentes en Kuwait, pero su idea era decir que había una resistencia activa que se manifestaba. Y mediante comunicados hizo que este grupo de resistentes frente a una fuerza obviamente muy superior apareciera como un grupo débil, flojo y, por consiguiente, se podía sentir simpatía hacia él.

Por otra parte, el público no había visto la invasión de Kuwait, en un sistema en el que cuando no se ve no se siente, no se tiene sentimiento de solidaridad. Lo de la invasión de Kuwait era una cosa abstracta. En un momento en que habíamos visto la revolución rumana en directo, la caída del muro de Berlín y la Revolución de Terciopelo en directo, se produjo un acontecimiento militar de primer orden como la invasión de Kuwait, una verdadera guerra, y no apareció ni una imagen.

Entonces Deaver procuró esas imágenes. En un momento se presentaron —como auténticas— unas imágenes filmadas por un videoaficionado que eran las únicas imágenes, se decía, de la invasión de Kuwait. En ellas se veían unos tanques circulando por la ciudad, se oían unos tiros, se veía gente corriendo. Esas imágenes fueron fabricadas en Nuevo México, en estudio. La resistencia kuwaití las distribuyó a los órganos de prensa y todos las pasaron como

terriblemente auténticas. Además, eran de mala calidad, con la calidad que podíamos imaginar en un testigo ciudadano tembloroso ante el acontecimiento y con mucha precaución, tratando de filmar desde su balcón unas imágenes. Fabricadas por Mike Deaver.

Él tuvo la idea, él la fabricó y hoy lo proclama. Proclama haber engañado al público en general.

La idea, sin entrar en detalles sobre las diferentes manipulaciones que se dieron durante la Guerra del Golfo, es que la censura de hoy en día no se puede hacer suprimiendo información porque el sistema funciona mediante una especie de bulimia. Traga información en permanencia y no se le puede cortar; si no, se paraliza. Luego, la única manera de censurar es sobrealimentando el aparato, procurándole más información de la puede digerir, y entonces el aparato no puede llegar a distinguir lo verdadero de lo falso.

Además, ese proceso tecnológico del que hablamos tiene las características de rapidez y instantaneidad. La información se hace rápidamente, se conecta con cualquier lugar del mundo al instante, en tiempo real. Y, por consiguiente, la redacción no tiene tiempo material de distinguir, de apreciar, de filtrar, de tamizar la información que le llega. Lo único que puede hacer es transmitirla.

Así ocurrió lo de Timisoara. Se hizo porque la mayoría de las cadenas conectaron directamente con la televisión rumana y difundieron lo que ésta difundía. La televisión rumana estaba manipulada, entrando en un juego político interno. Pero se partió del principio de que, puesto que se había conseguido desviar ese canal, había que difundirlo directamente como una especie de grito que lanza imágenes sin que nadie pudiese interpretarlas. En la televisión francesa, como en otros países, se mandó venir rápidamente a algún rumano que hablase francés y que, sobre la marcha, tradujera lo que se veía.

Es la idea de la instantaneidad, y esta instantaneidad, esta velocidad, hace que no se pueda distinguir la verdad de la mentira, lo cual fragiliza la información.

Otra consecuencia de esto es que, al poder enviar a un corresponsal al lugar donde se produce el acontecimiento, la mayoría de las cadenas de televisión no dudan en hacerlo. Y el modelo que se ha impuesto, el que ha triunfado en el momento de la Guerra del Golfo, es la CNN. La CNN triunfa porque está concebida para ese tipo de televisión. Es una televisión instantánea, rápida, caliente, una televisión de testigos y testimonios.

El testigo y el testimonio tienen mucho prestigio en la historia de la información. Globalmente, se parte del principio de que el testigo garantiza. El periodismo de encuesta, que es un periodismo noble, por ejemplo, se hace basándose en testimonios. Y hoy en día, en esta nueva configuración, la televisión también parte del principio de que el testimonio es importante, el testigo es importante. Los acontecimientos de los que hablamos confirman esta idea.

Pero, en definitiva, ¿qué es el testimonio y qué es un testigo? La idea hoy día es que el testigo es en la medida que el proyecto es filmar el acontecimiento cuando se produce, difundir el acontecimiento mientras se está produciendo. Y cuando no se está en el momento del acontecimiento, el testigo es el que ha visto el acontecimiento. Luego, los ojos del testigo son las cámaras que han grabado el acontecimiento en directo. Y el testigo tiene la misión de contar lo que ha visto. Entonces el testigo tiene un alto valor.

Pero el problema es que hoy día las cadenas de televisión tienen tendencia a transformar a sus periodistas en simples testigos. Además, el sistema funciona de tal manera que en realidad el periodista sólo puede ser un «testigo». Porque, ¿qué vimos en la Guerra del Golfo? Se envía a un corresponsal a un lugar cualquiera de la Guerra del Golfo, a Jerusalén, por ejemplo. Apenas ha llegado, pero como existe la posibilidad de contactarlo ya se le está preguntando qué conclusiones saca de lo que ha visto. El hombre no ha visto nada. Acaba de llegar y la cosa es complicadísima. Entonces, ¿qué dice? Pues globalmente no dice gran cosa. Pero no importa que no diga gran cosa. Lo que sí sabemos, la cadena de televisión y los espectadores, es que él está allí, donde ocurre algo. Eso basta. Eso acredita lo que está diciendo. Aunque lo que diga es «no sé nada», como vimos en la Guerra del Golfo. No importa.

Y, sin embargo, en el momento que dice «no sé nada» está arruinando la ecuación de que el testigo sabe. Es decir, que la Guerra del Golfo demuestra que «estar no basta para saber», que antes era la ecuación que se hacía: «Estar es igual a saber».

Pero ahora no. La Guerra del Golfo demuestra en la práctica que estar no basta para saber. ¿Por qué? Porque se está demasiado fácilmente, demasiado rápidamente; y inmediatamente no se puede saber lo que está pasando.

Por otra parte, al periodista se le transforma en testigo inversamente. El ejemplo más claro de periodista que se transforma en testigo es el testimonio difundido por CNN en el momento del estallido

de la guerra en la madrugada del 17, cuando el periodista de la CNN dice «Oigo explosiones». Y además no había imagen, sólo había voz, como si fuese radio. «Oigo explosiones, el cielo se ilumina, hay bombardeos.» Globalmente, ¿qué dice el periodista de la CNN? Dice prácticamente lo que puede decir cualquier ciudadano de Bagdad, y hay cuatro millones de ciudadanos en bagdad.

En segundo lugar, no puede dar más información. ¿Quién bombardea? Nadie lo sabe. ¿Qué se bombardea? ¿Qué objetivos? Nadie lo sabe. ¿Quién contesta? ¿De qué naturaleza es la respuesta? No lo dice. Es decir, da una información de testigo. El periodista se transforma en testigo e, inversamente, la tendencia actual, con la instantaneidad, con la rapidez, con la idea del tiempo real es que cada testigo puede ser un periodista. La tendencia actual es que cuando se produce algo inesperado aún no se ha tenido tiempo de enviar a un periodista ahí, pero ya hay posibilidad por teléfono de contactar.

Entonces, la televisión, y sobretodo las radios en directo —en Francia hay cadenas de información permanentes—, pueden inmediatamente contactar con alguien. Basta con que hable francés o castellano, o catalán. Y se le dice «Oiga, ¿qué está pasando?» Y el señor, que no es periodista, que no tiene ningún tipo de formación para filtrar contesta: «Mire, está pasando esto». No dice más ni menos de lo que ha dicho el periodista americano de la CNN en Bagdad. Dice: «Oigo tiros, veo que hay fuego». Pero, ¿qué es lo que está pasando?, ¿dónde?, ¿de qué manera?, ¿qué unidades se han sublevado? No lo sabe.

Pero basta. Porque la idea es que a partir del momento en que se hace la conexión esto es lo que tiene efecto de seducción.

Si hacemos un rápido resumen vemos que en la historia del modelo de la información televisada hemos pasado de un primer modelo a un segundo modelo y quizás estemos pasando ahora a un tercer modelo.

¿Cuál era el primer modelo? El primer modelo de diario televisado es lo que yo llamo el modelo hollywoodiano. Globalmente, un diario televisado se estructura como una ficción, pero no como cualquier ficción. Se estructura como una ficción clásica. Es decir, una ficción en la que el interés principal reside en la personalidad de la estrella, en el presentador único, lo que crea Walter Conkrite en Estados Unidos. Se ve el telediario no para saber lo que ha pasado, que ya lo sabemos por la radio o por la prensa, sino para ver cómo Dan Rader nos va a dar la información que ya sabemos. Igual que no se ve *La*

dama de las camelias en el cine para enterarnos de la ficción, que ya la sabemos, sino para ver cómo Greta Garbo va a encarnar a Margarita Gautier.

Segundo: ¿por qué tiene una ficción hollywoodiana? Porque un telediarario es una dramaturgia que va de lo más trágico a lo más eufórico: la que comienza casi siempre con las informaciones graves y que se termina casi siempre con un *happy end* (las informaciones culturales, las canciones, etc.)

Y, tercer elemento, porque un telediarario funciona mediante un sistema de golpes de teatro sucesivos. Es decir, que no todo lo trágico está acumulado y no todo lo cómico o ligero está acumulado, sino que se sucede mediante una dramaturgia relativamente bien estudiada.

Ese modelo de telediarario, que era el modelo triunfante hasta ahora y que sigue en muchos países, es el que cambia a partir de los acontecimientos de que hablábamos. Y el modelo que se impone ahora es lo que yo llamo *el modelo deportivo*. El telediarario se estructura no ya como una ficción sino como la retransmisión de un partido de fútbol. ¿Por qué? Piensen en la frase «Ustedes están viendo la historia en marcha». Lo que ocurrió con Rumanía, por ejemplo. Se captan las imágenes y se dejan ver. Sólo se traduce del rumano al francés o a otra lengua que los telespectadores entiendan. ¿Cómo se transmite en un partido de fútbol? ¿Qué información se da? Se da una información mínima. A ningún comentarista se le ocurre describir las reglas del juego para los telespectadores que no entiendan su desarrollo. Se parte del principio de que los jugadores y el público conocen las reglas del juego y el comentarista se limita a dar el nombre de los jugadores que tocan el balón. Y aunque no lo diese el espectáculo se vería. ¿Cómo se filma en un partido de fútbol? Es muy fácil. Hay que seguir el hilo de la acción, que está en el balón. Si seguimos el recorrido del balón podemos contar el partido, no es más complicado. Donde está el balón está la acción.

La información hoy día tiene tendencia a hacer eso. Se ponen las cámaras frente al acontecimiento. El periodista se autosuprime, no trata de añadirle un saber más, sino que dice lo que se puede ver. En realidad, hay una especie de descripción tautológica; el comentario es mínimo porque la imagen tiene un poder emocional máximo.

Este es el sistema en el que nos hallamos ahora, en el que el periodista pasa precisamente a ser testigo, simplemente testigo. Y,

por otra parte, tiene tendencia a desaparecer ante la fuerza misma de la imagen.

Y quizás entremos ahora en un nuevo sistema que hace que nos planteemos la pregunta siguiente: ¿qué es lo que nos va a interesar ahora? Lo que interesa ahora es que exista una especie de maquinaria capaz de conectar con cualquier lugar. Esto es lo que impresiona. Antes, lo que impresionaba intuitivamente al telespectador es que el presentador del diario no se equivocase hablando, que hablase mirándonos a los ojos y hablase tanto tiempo sin equivocarse. Es una cosa mágica. Se inventó el *telepronter* precisamente para que esa magia actuase. Sin el *pronter* no hubiese existido el presentador único, porque antes no existía. Antes había muchos presentadores en función de la información. Venía el señor que hablaba de economía y se iba. Venía el señor que hablaba de política interna y se iba. Venía el señor que hablaba de social y se iba. Venía el señor que hablaba de política exterior y se iba. Y así sucesivamente. Cuando llegó este personaje que desde el principio nos decía «Buenas noches», se quedaba con nosotros presentándonos todo la información hasta el final y nos decía «Adiós», eso era una fascinación.

Este personaje que yo llamo *la estrella*, seductor, es el que desaparece ahora en esta nueva configuración. Pero en la nueva configuración, ¿quién es la estrella? Mi tesis es que la estrella es la maquinaria. Lo que nos fascina no es el personaje, que tiene menos importancia. Lo que nos fascina es eso que diga: «Y ahora conectamos con Jerusalén», y tac, y «Y ahora conectamos con Nueva York», y aparece Nueva York. Aunque el señor que aparezca diga «No sé nada». No importa.

Recuerden esas veladas de la Guerra del Golfo donde se conectaba con todos los lugares del mundo para tratar de explicar esta cuestión. Lo que interesa es esa maquinaria que circula.

Por otra parte, estamos en un momento en el que la credibilización de la información no se ajusta a algo concreto. La credibilización de las imágenes tiene una historia. Las imágenes no se creen porque sí. En la historia de la credibilización de las imágenes podemos distinguir dos períodos bien diferentes de la información audiovisual. En el primer período encontramos la información audiovisual de los noticieros cinematográficos. ¿Por qué la gente creía los noticieros cinematográficos (en España llamados *No-Do*)? ¿Como funcionaba la credibilización del *No-Do*? Las imágenes tenían un comentario que imponía el sentido de las imágenes, ejercía un poder semántico sobre las imágenes, les daba sentido. ¿Y quién decía el comentario? Nadie en particular. Lo decía una voz que no tenía identificación. Era una voz

teológica que globalmente era la voz de la instancia «información». Como cuando decimos «lo ha dicho el periódico» o «lo ha dicho el *No-Do*». Era la voz del *No-Do*, una voz sin imagen, como la voz de Dios. Sin rostro, sin nombre; que imponía el sentido a las imágenes. En el telediario, por ejemplo, ¿cómo funciona la credibilización? ¿Por qué yo creo en el telediario? ¿Funciona bajo el principio del *No-Do*? No. Todo lo contrario. El telediario, como he dicho antes, el principio de credibilización funciona sobre la confianza que se establece, la relación de confianza que se establece con el presentador único.

El telediario está dicho, al contrario del *No-Do*, por alguien que tiene una identificación fuerte, tiene un nombre, tiene un rostro, tiene además una vida que las revistas de televisión cuentan, en general. Porque los presentadores del telediario son la imagen de la cadena, son el rostro de la cadena. Y además, cuando hablan, me miran a los ojos. Y alguien que viene cada noche a mi casa, que entra en mi casa, que me mira a los ojos y que me cuenta cosas no puede mentir, porque es mi amigo.

Entonces, la credibilización del telediario funciona según un principio totalmente diferente del noticiero cinematográfico, pero funciona también. Lo cual quiere decir que la credibilización puede ser diferente y tan eficaz, y probablemente más eficaz.

La pregunta que hacemos ahora es la siguiente: frente a un sistema en el que el presentador está desapareciendo y en el que quien me habla ahora es una maquinaria, un sistema de multiconexión, ¿cómo va a funcionar la credibilización? La respuesta, en todo caso, no la tengo yo. Y quizá por eso estemos ahora en lo que yo llamo *la era de la sospecha*, en la que globalmente el público sospecha del telediario de no decir la verdad. Sospecha del telediario sobre todo después de los asuntos de Rumanía y del Golfo, de no tener precisamente un sistema de credibilización creíble.

Y de ahí quizás que, como lo hemos notado, las informaciones en la televisión sobre lo que ha ocurrido en la Unión Soviética este verano o sobre la guerra de Yugoslavia, por ejemplo, sean infinitamente más ponderadas, diferentes en todo caso, y no hayan dado lugar hasta ahora a extravíos como los que vimos en ocasiones de la Guerra del Golfo o de Rumanía.

La idea es que todo el sistema informacional televisivo ha entrado en una época de reflexión sobre su propia pérdida de credibilidad.